

4-66 1

De nuestro espíritu y de nuestro ambiente. Papeletas a la  
alemana. ("Nuevo Mundo", Madrid, 5 diciembre 1914).

### Papeletas á la alemana

Un discípulo mío que acaba de llegar de Madrid me ha contado un dicho muy significativo, y es que, hablando con un compañero suyo, que trabaja en uno de esos llamados seminarios de investigación científica, le dijo éste: «No sabes, chico, las ganas que tengo de que derroten de una vez á los alemanes!» «¿Y por qué?» — le preguntó mi discípulo. «Pues porque entonces — le contestó — podrían acabarse estas condenadas papeletas, en redactar las cuales, ó en copiarlas, se nos va el tiempo. ¡Nos dicen que eso es trabajar... á la alemana!»

La anécdota, rigurosamente histórica, está llena de enseñanza, y nos presenta en escena á un joven español, muy español, es decir, según alguien creerá, muy indisciplinado.

Pero es que á esto cabe replicar aquello que dicen replicó el generalísimo Joffre á un oficial alemán, que le decía una vez que el soldado francés era, sí, excelente, pero que carecía de disciplina. «De la vuestra», replicó Joffre. Y así debemos replicar cuando se nos acuse de no tener disciplina. Pues mientras no sepan los que nos dirigen implantar una disciplina á la española, y, sobre todo, que deje campo á la rebeldía y á la libre crítica, las disciplinas traducidas nos harán más indisciplinados cada vez. Y, sobre todo, la disciplina á la alemana. O á la turca.

Y francamente, la disciplina esa de las papeletas es un poquito fuerte. Figurémonos que á un estudiante de arquitectura que va á las obras de una gigantesca catedral á que el arquitecto director de éstas le inició en su arte, le manda el tal arquitecto que se ponga, cercha y pico en mano, á labrar piedras, y que al cabo de haber labrado diez ó veinte ó mil, se va sin haberse enterado de la traza general del monumento. ¡Crean ustedes, lectores, que este estudiante se conformará con que le echen un sermoncito sobre la utilidad de la especialización y que no debe descuidarse ni la más menuda piedra del edificio y otras andrónimas y retóricas científicas y metodológicas por el estilo?

Porque ¡sí, señor! hay una retórica metodológica ó, si se quiere, una metodología retórica que no es menos retórica que la otra, que la tan injustamente desacreditada. El silogismo medieval y el teorema algébrico de hoy son tan figuras retóricas como la paradoja, pongo por caso. Y como aquella frase sacramental que suelen om-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES

plear los jesuítas en sus sermones cuando, después de una demostración, no quedan muy seguros de que el público quedo convencido, y es que añaden; «Queda, pues, evidentemente demostrado, etc.» Y los que no empleamos esta retórica lógica, sino otra, pasamos por unos arbitrarios y extravagantes paradojistas.

¡Qué se le va á hacer!

Y á propósito de jesuítas, me acuer-

do de aquel que en una cátedra del Colegio de Deusto les decía á sus alumnos: «este argumento como tiene fuerza es en latín, ¡en latín!» ¡Estupendo! ¡Un argumento que prueba más en latín que puesto en castellano! Y hay así también argumentos que como tienen fuerza probatoria es en alemán. Lo que se aplica á las papeletas.

Mis lectores de Barcelona habrán oído hablar del hombre de las papeletas, que fué un catedrático de griego como yo, el doctor Balari. Y se murió sin haber publicado más que un libro de... ¡papeletas!

El hombre de las papeletas puede llegar á sufrir un sino tan terrible como el que suele sufrir el hombre del diario. Sabido es, en efecto, que el desgraciado que se pone á llevar un diario acaba por hacerse el hombre del diario, y en vez de apuntar en él lo que se ha visto, oído, pensado, sentido ó sufrido en el día, va á ver, oír, pensar, sentir ó sufrir para el diario, y tanto sus penas como sus goces, se ven perturbados por la preocupación de lo que hará después de ellos en el diario.

Yo tengo desde hace años un amigo en Berlín que me preguntó una vez si guardaba sus cartas — que no son ni pocas ni cortas —, y al contestarle que sí, me pidió que se las enviase, y me las devolvió encuadernadas y con un índice de materias; ¡con un verdadero *Sachregister*! ¡Y así pasarán á la posteridad! Lo que no sé es si ha hecho encuadernar las que yo en varios años le he escrito — que tampoco son pocas ni cortas, pues he sido un epistológrafo formidable —, y si las ha provisto también de su correspondiente *Sachregister*, para que los futuros investigadores de mi obra y mi acción literarias puedan sacar de ellas papeletas á la alemana.

Y es fácil que esos futuros investigadores — ¡oh, la investigación!, *Die Untersuchung!* — de mi obra, cuenten cuántas veces empleo en mis cartas la palabra *amigo* ó *árbol* ó *trama* ó *mentecato* ó *rampionería*, y establezcan cuidado-





sas estadísticas comparativas de mis giros en las cartas y en los artículos públicos... Porque esto del estudio estadístico del estilo es una cosa llena de porvenir. Estilista que no se basa en la estadística, es cosa al aire y sin fundamento. Mientras no lleguemos á poder pensar, medir y contar el estilo, á poder cubicarlo como se cubica la grava para el asiento de las carreteras, estamos perdidos. Es menester saber qué tanto por ciento de veces el ilustré López emplea el gerundio, y qué tanto de veces la oración con el relativo qué. ¡Todo lo demás es retórica!

No faltará lector que me diga que el estilo no es, en rigor, sino retórica. Bien; pero ¿dónde se ha visto que un retórico, por bueno que como tal sea, pueda hablar competentemente de la retórica, y más si habla de ella retóricamente? ¿Quién hace caso de la crítica poética que un poeta haga de otro? ¿Es que á un hombre, metodológico, verdaderamente metodológico, ocupado en sacar papeletas de Shakespeare, pueden convencerlo los poéticos comentarios que del gran poeta dramático inglés hizo aquel otro gran poeta, también inglés, que se llamó Coleridge? ¿Es que los ensayos sobre Shakespeare, de este otro maravilloso soñador, pueden satisfacer á un investigador, lo que se dice un investigador, del gran dramaturgo?

La investigación es, ante todo y sobre todo, papeleto á la alemana.

¿Que las papeletas hacen falta? ¿Y quién lo duda? ¿Como hace falta Alemania! Y lo reconocen los más radicales germanófilos, si pasión no les quita conocimiento. Hace falta Alemania y hacen falta las papeletas á la alemana, pero... Pero lo que dice el humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes, hablando de los hechos — de aquellos hechos que recomendaba el inmortal Tomás Gradgrind de la novela de Dickens —, y es que no porque el pan sea bueno y sano y necesario y nutritivo, ha de permitirse que le metan á uno un mendrugo de él por la garganta cuando está hablando.

Y, además, las papeletas nos traen en España tan melancólicas, tan téticas asociaciones de ideas! La papeleta nuestra típica, castiza, tradicional, es la papeleta de empeño. Y al querer adoptar la papeleta á la alemana, investigativa, ¿no corremos el riesgo de que se nos convierta en otra papeleta de empeño más? Sobre todo, tratándose, como se trata, de una ciencia que tomamos á préstamo.

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S